

cuerpo ha sido hecho para que tenga la plena posesion de sus órganos, los conserve y los ponga en juego fácilmente y sin dolor. Luego no vive, ó á lo ménos no vive sino vida muy incompleta. Luego para el cuerpo esta vida no es la vida.

Este estado penoso y enfermizo del espíritu, el corazon y el cuerpo excluye radicalmente una condicion esencial de la vida: el goce. Lo veremos en mi próxima carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMA.

SUMARIO: Á la vida presente le falta el gozar.—Conspiración de las criaturas.—Tres cosas que hay en la vida opuestas al goce: una cuna, una cruz, una tumba.—Miserias del hombre en la cuna.—Miserias del hombre adulto.—Lo que es al exterior.—Lo que es interiormente.—Condicion esencial del goce es la duracion.—Brevedad de la vida.—La tumba en perspectiva.—Luego considerada en sí misma esta vida, no es la vida.

QUERIDO AMIGO:

En este mundo todo vegeta; nada vive. Con razón uno de los más altos ingenios, San Agustín, llama á la vida temporal una vida moribunda, ó más bien, una muerte viviente: *Vita mortalis, mors vitalis*. Semejante estado de cosas excluye la idea de la vida propiamente dicha; pues vivir es gozar, gozar es no padecer.

Pues al hacer en mi última carta la anatomía del espíritu, del corazón y del cuerpo humano, ¿qué hemos encontrado? El sufrimiento en todas sus formas, el sufrimiento en todas partes, el sufrimiento siempre; por eso es extrictamente exacta esta definicion: na-

cer, sufrir, morir, eso es el hombre: *nasci, pati, mori*. Si en cada una de las partes que le componen padece tanto el hombre, considerado en su conjunto ¿podrá decirse que goza? Responder afirmativamente sería contradecirse en los términos.

Añadamos que todo lo que nos rodea contribuye á hacernos padecer. Por más bella y olorosa que sea, no hay rosa sin espinas. Mirándolo bien, se encuentra que en todas las criaturas hay cierto instinto de hostilidad contra el hombre, y como una comision de la justicia vindicativa.

No hablo de los leones, tigres, panteras, leopardos, osos, lobos, cocodrilos, serpientes y tantos otros animales chicos ó grandes, que son enemigos implacables del hombre, y cuya presencia es una amenaza permanente á su tranquilidad y áun á su existencia.

Fija tu atencion áun en las criaturas más inofensivas y necesarias. El cielo que nos alumbra se hace para el hombre sucesivamente bronce, fuego ó hielo, y le causa sufrimientos indecibles. Junto á los mejores alimentos y á los frutos más exquisitos, la tierra produce espinas crueles y venenos mortales.

El aire que nos alimenta forma tormentas

devastadoras, cuya violencia arranca de raíz bosques enteros, arruina las casas, y en pocos minutos deja asoladas extensas comarcas. Otras veces, mensajero de desdichas, trae miasmas pestíferos, que matan á los hombres por millares, y tambien nubes de insectos, que talan los campos, las viñas y los prados.

El fuego, elemento necesario para la vida, se vuelve repentinamente contra el hombre, y le consume las casas, las mieses, los muebles, las riquezas todas, y le arroja, como á Job, desde la cumbre de la opulencia, en el abismo de la miseria. El agua, madre del mundo, se alborota, echa espuma, hierve, rompe sus diques, y lleva lejos el terror y la desolacion.

El caballo, el buey y los animales domésticos, que tan dóciles son habitualmente, se rebelan á veces contra el hombre, se encabitan, se enfurecen y le tiran al precipicio.

El gato, tan mimoso y tan mimado; el perro tan leal, enferman de rabia, y hacen cuanto pueden por inocular á sus amos el virus que los mata.

Lo mismo sucede con otras muchas criaturas. Si, pues, la vida supone el goce, y éste la paz, salta á la vista que esta vida no es la

vida, sino la guerra, guerra continua, en la cual el hombre recibe cada día nuevas heridas, y es vencido muchas más veces que vencedor. Por lo demas, he aquí en tres palabras el retrato exacto del hombre en este mundo.

Al principio de su existencia, una *cuna*; al medio, una *cruz*; al fin, una *sepultura*: *nasci, pati, mori*.

Una cuna. Oye cómo describe la suya el más grande de los reyes: «No os desvanezca la magnificencia en que me vísteis. Yo también soy un mortal como los demas, de la raza de aquel primer hombre de tierra, y en el seno de mi madre me formé de sangre espesa durante nueve meses. Una vez nacido, respiré el aire común á todos, y caí en la misma tierra, é igual que los otros, mi primera voz fué llorar ¹. En pañales fuí criado, y con grandes cuidados, porque ningun rey nace de otra manera» ².

¹ Observadores curiosos dicen que el primer quejido de los niños comienza por A, que es la primera letra del nombre de Adan, y el primero de las niñas por E, que es la primera letra del nombre de Eva, como si se lamentaran de su caída. (Véanse en Alapide, in Sap., vii, 3.)

² Sap., vii, 1-5.

Hasta aquí, ¿dónde se encuentra la condición esencial de la vida, el goce? Pero consideremos más de cerca á este pequeño sér, que acaba de caer en la tierra cual fruta desprendida del árbol. Ese pequeño sér eres tú y soy yo hace veinticinco ó sesenta años; es el que lee estas líneas; son todos los hombres y todas las mujeres que se mueven sobre la superficie del globo.

Tiene ojos y no ve; orejas y no oye; boca y no habla; mano y no puede servirse de ellas; piés y ni se puede tener, ni arrastrarse, ni andar. No sabe más que una cosa, y nadie se la ha enseñado: es llorar.

Todos los demas séres, al nacer, se encuentran vestidos: los unos tienen vello y plumas, los otros escamas, éstos pelo y cerdas, aquéllos pieles; todos salen protegidos por su vestido natural contra el calor y el frío. Solo el hombre nace desnudo, expuesto á todos los sufrimientos. Por esto es el único entre todos los animales que gime al nacer ¹. Hasta aquí, repito, ¿dónde se encuentra el goce?

¹ «Nullumque tot animalium aliud ad lacrimas, et has protinus vitæ principio». (Plin., Hist., lib. vii, Proem.)

Así comienza la vida; veamos cómo continúa.

Una cruz. Y cruz inmensa. Plantada en medio del camino, toca con un brazo á la cuna y con el otro á la tumba. Cruz pesada. Sin la ayuda de un brazo todopoderoso, magulla las espaldas más robustas. No está cepillada ni redondeada; tiene agudas esquinas y está toda erizada de nudos y garranchos. Cruz inherente al hombre. Por más que haga, no se la puede quitar de encima.

Con semejante carga acuestas, el hijo de Adán recorre el intervalo que separa el principio y el fin de su peregrinación, con los ojos frecuentemente arrasados en lágrimas, lleno el corazón de inconsolables tristezas, con sus miembros á veces contrahechos, estropeados, doloridos, arrastrando consigo *la larga cadena de sus esperanzas fallidas*.

He ahí el hombre tal cual es en lo exterior. Tal le vemos en el trono, en el seno de la opulencia y las grandezas; tal lo mismo en los lugares de placer que en los hospitales; tal en las ciudades; tal en los campos; tal, finalmente, en toda la extensión de la tierra. Lo repito: ¿dónde está el goce?

¿Qué es en lo interior? Todo lo más humillante que se conoce. No hablemos ni de las

miserias de su espíritu, ni de las miserias de su corazón; ocupémonos solamente de su cuerpo. Lo que fué en el seno de la madre, lo que fué al nacer, eso continúa siendo el cuerpo en lo esencial, ni más ni ménos. Indudablemente la sangre de que fué formado se ha convertido en músculos, nervios, fibras, tendones, vísceras, carne y huesos; pero su naturaleza no ha cambiado, ni tampoco su destino. Salido de un elemento inmundo, inmundo es; salido de un elemento corrompido, está destinado á la corrupción ¹.

Si, pues, me preguntas, querido amigo, qué es ese hombre á quien llaman príncipe, rey ó emperador, que se adelanta montado en su caballo, magníficamente vestido, con el cetro en la mano y la corona en la cabeza, rodeado de su guardia de brillante uniforme, y delante del cual todo el mundo se inclina ó calla. San Bernardo te responde: «Es un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercoreum, cibus vermium*.

¿Y todos esos hombres cubiertos de brocado, cargados de condecoraciones, que marchan con la cabeza erguida, y que con todo

¹ «Quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine?» (Job, xiv, 4.)

su continente parece que van diciendo: «admiradme, envidiadme, respetadme?» San Bernardo te responde: «Son un saco de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y todos esos matachines de la literatura obscena ó impía, que desafiando á Dios y á los hombres, se creen los regentes del universo? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium.*

¿Y esas mujeres jóvenes ó viejas, altivas, irascibles, idólatras de su persona, que á juzgar por lo rico, lo estafalarío y frecuentemente lo indecente de su porte, se las podría tomar por un muestrario de chucherías, ó por figurines ambulantes de cualquier saltimbanquis extranjero? San Bernardo te responde: «Sacos de estiércol, pasto de gusanos». *Saccus stercorum, cibus vermium*¹.

He ahí al hombre tal cual es interiormente. Él no puede ignorarlo, porque cada un día viene á recordarle su humillante condicion. Siendo esto así, ¿dónde está el goce de

¹ «Forma, favor populi, fervor juvenilis opesque subripiare tibi noscere quid sit homo. Nihil aliud est homo quam sperma fetidum, saccus stercorum, cibus vermium». Medit., c. III, n. 2.)

esta vida? Concluyamos, pues, querido amigo: que si la alegría es hija del goce, no hay alegrías en esta vida, ó son alegrías con sufrimiento; mas éstas, ¿son verdaderas alegrías?

Una tumba. Vivir es gozar. Condicion esencial del goce, la duracion. ¿Qué viene á ser una alegría que no dura? Una satisfaccion momentánea, que se envenena ella misma. Se envenena por la certidumbre de su corta duracion, por el disgusto y el vacío que deja en el alma. Tales son, sin excepcion posible, los goces de acá; por muy largos que los quieras suponer, nunca podrán durar más que la vida. Y la vida, ¿cuánto es? Cien años á lo sumo. ¿Y qué son cien años? Forma juicio por los años que tú has vivido. ¿Cómo se han pasado? ¿Qué te queda de ellos? Así pasarán los demás.

Son, pues, exactas, admirablemente exactas, las definiciones que nuestros Libros Santos dan de la vida. Si les preguntas qué es, te responderán: ¿Ves la sombra de esa nube que pasa empujada por el viento? Eso es la vida.

¿Ves ese ligero vapor que se levanta en el horizonte y al punto se disipa? Eso es la vida.

¿Ves esa agua que corre y no se detiene? Eso es la vida.

¿ Ves ese pájaro que cruza el aire? Aparece y desaparece, sin que se pueda encontrar rastro del camino que ha seguido. Eso es la vida.

¿ Ves esa nave que hiende las olas y no deja detrás de sí ningún vestigio de la estela que formaba? Eso es la vida.

¿ Ves esa flor que nace por la mañana y por la tarde se marchita? Eso es la vida ¹.

¿ Qué más diré? ¿ Ves ese tren de ferrocarril que corre á toda máquina? Eso es la vida.

En una palabra: LA VIDA ES UN DIA ENTRE DOS ETERNIDADES.

¿Quieres más todavía? Esta vida, tan corta de por sí, jamas permanece entera. Cada dia, cada hora, cada minuto perdemos algo de la vida. Cuando nosotros crecemos, ella mengua. Perdemos sucesivamente la infancia, la adolescencia la juventud. Todo el tiempo que ha pasado hasta ayer, hasta esta mañana, muerto es. Aun de la hora presente toma la muerte una parte; y en este mismo instante, mientras digo que todo muere, me estoy muriendo yo mismo ².

¹ Sap., v, 9-13; Jac., iv, 15, etc.

² Senec., epist. xxiv y lxx.

Esto, que es verdad acerca del hombre, lo es también respecto á las demas criaturas: tampoco para ellas es vida la presente.

¿Qué son los millares de átomos que se ven flotar en una habitacion cerrada, donde entra un rayo de sol? Son otras tantas partículas robadas á los cuerpos que allí hay, á la piedra, á la madera, á las telas. ¿Qué son los torbellinos de polvo que nos ciegan, y el mismo barro que pisamos? Son otras tantas pérdidas, descomposiciones y muertes.

Por lo demas, el hombre, desde que entra en el mundo, tiene conciencia de esta brevedad de la vida. No hay quien deje de decir: *¡Cómo pasa el tiempo!* Pronto, pronto nos veremos todos forzados á decir con Job: «*Pasan mis cortos años, y ando por un sendero por el que no volveré. Mis fuerzas se van estenuando, mis días se abrevian, y sólo me resta el sepulcro*» ¹.

Y en este sepulcro, en este inevitable sepulcro, ¡qué misterios se realizan! Si, pues, te pones á recorrer todas las comarcas del mundo, y dirigiéndote á cada uno de los millones de individuos de todo rango, de toda edad, raza y color que se mueven sobre la

¹ Job., xvi, 23; xvii, 1-2.

superficie de la tierra, les preguntas: «¿Qué eres?» no hay uno que no te deba responder: «Soy un sentenciado á muerte». Sí, sentenciado á ser despojado de todo, separado de todo, olvidado de todos, devorado por los gusanos y reducido á polvo. ¡Oh miseria del hombre!

Por consiguiente, considerada en sí misma esta vida, no es la vida. No es la vida, puesto que no tiene nada de lo que la constituye, ni en cuanto al espíritu, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al goce, ni en cuanto á la duracion: *Vita mortalis*.

Esta vida es más bien una muerte viviente: *mors vitalis*, supuesto que se devora á sí misma en cada minuto y no tiene nada que sea definitivo. Al contrario, todo se encuentra siempre en estado de formacion ó de decadencia; lo mismo dentro que fuera de nosotros, todo cambia incesantemente, todo se altera, todo se descompone, todo se precipita, y las pompas de este mundo acaban todas en pompas fúnebres.

Con esta conclusion doy fin á esta carta. Bien corto de alcances ó muy desventurado será el que no la acepte como una verdad indiscutible.

Tu afectísimo...

CARTA UNDÉCIMA.

SUMARIO: Esta vida no corresponde á la idea de Dios, que la da.—Suponer lo contrario es negar la bondad de Dios.—Su sabiduría.—Su omnipotencia.—Es negar á Dios mismo.—Es acusar al género humano de locura incurable.—Oráculos divinos sobre los que toman esta vida por la vida.

QUERIDO AMIGO:

La vida presente no corresponde de modo alguno á la naturaleza del hombre que la recibe. Luego bajo este primer aspecto no es la vida. Resta ver si cuadra mejor á la idea de Dios que la da.

Dios es el sér por esencia: *Ego sum qui sum*. Siendo el sér, posee todo lo que constituye el sér, y lo posee con infinita perfeccion; si no, dejaría de poderse llamar el sér propiamente dicho. Dios es, pues, la bondad infinita, la sabiduría infinita, el poder infinito. Bondad infinita, que no puede querer ni hacer más que el bien; nunca el mal, ni moral ni físico, ni temporal ni eterno. Sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos.